



ALBERTO ADRIANI
(1936-2006)

El encuentro con Alberto Adriani

Una noche de 1965 nos reunimos, como fue usual hacerlo durante los años estudiantiles, en la biblioteca pública de la calle Independencia, distante a un par de cuadras de la Universidad de los Andes. El invitado del día era un hombre mucho mayor que todos nosotros. Quería probar, ante la audiencia juvenil que formábamos, el tino de su pluma.

Unos días más tarde, así comenzó hablando, iba a crearse un nuevo distrito en el estado Mérida. Le iban a dar el nombre de un coterráneo. Nuestro invitado había escrito unas notas que deseaba compartir con el grupo, y que tenían un propósito directo vinculado con el acto administrativo por cumplirse. Fue una lectura larga la de aquella noche de octubre, con mil detalles del ir y venir de una vida. Supimos entonces, los cuatro o cinco que éramos, de Alberto Adriani. Había muerto joven, cuando le servía a la patria.

Cuarenta años han transcurrido desde la noche de 1965. Setenta años han pasado desde la muerte prematura de aquel merideño, o mejor, de aquel venezolano. En

1999 la patria lo llevó a reposar para siempre donde lo hacen algunos de sus hombres más ilustres. ¡Honra para Alberto Adriani! ¡Honra para la República que sabe algunas veces cómo reconocer el esfuerzo de los suyos!

“Todo individuo es un hijo de su tiempo”

En una frase memorable, propia de la poderosa idea que con ella se expresa, escribió Hegel en su *Filosofía del Derecho* “que todo individuo es un hijo de su tiempo”. Quería el genio alemán por esta vía asegurar un argumento que le era fundamental: al pensar genuino no le es dado trascender las limitaciones de la época en que florece. Al fin y al cabo, tanto el pensamiento como nosotros mismos somos seres de unas circunstancias, y el anhelo de sobrepasarlas encara oposiciones radicales.

Nos la habemos aquí, así pareciera, con una barrera surgida de la misma naturaleza de las cosas. ¿Qué se puede decir sobre ella? Con el recuerdo puesto en un hombre a quien movió el empeño vital de acelerar su propio tiempo, y de cuyo pensamiento y acción se derivaron consecuencias perdurables para la existencia de la nación, ¿qué lección cabe desprender de la aparente contradicción entre la inmensa sabiduría encerrada en la afirmación del gran filósofo, y el ejemplo vivo de este venezolano contemporáneo a quien hoy honramos?

Adriani el inmigrante

Durante las cuatro décadas cuando corre la vida concedida a Alberto Adriani se estableció el derrotero del siglo XX de Venezuela. Éste fue su tiempo, pero también, y con apenas distancias de alguna significación,

ha sido en gran medida el nuestro. Pero decir su tiempo, y sobre todo, pensar en lo que el joven merideño fue, es aludir a la dimensión de lo que aún no ha acontecido, a lo que acaso conjeturamos, o a lo que se busca con afán apremiar para que acontezca. La madera de la que estaba hecho Adriani era el futuro. Si hubiera que preguntarse qué lo constituía, la respuesta carece de equívocos: ni agua ni fuego; ni tierra ni aire. Sólo tiempo, pero además, tiempo por venir.

Los ojos de Adriani tuvieron frente a sí un mundo extraordinario. Pero no olvidemos la más elemental de las lecciones: cada generación, y así tendrá que ser siempre, tiene frente a sí un mundo extraordinario. Será sin embargo la tarea de cada una hacerlo pleno. Y es esta responsabilidad la que marca la diferencia entre las unas y las otras.

Adriani es hijo de inmigrantes, de los que Gerbasi modeló en palabras:

Yo vengo de los puertos, de las casas oscuras,
donde el viento de enero destruye niños pobres,
donde el pan ha dejado de ser para los hombres,
Yo vengo del llanto, de la guerra, de la cruz.

Sean cuales fueren las condiciones bajo las cuales hubieron de fructificar las familias recién llegadas a la nueva tierra, el desarraigo es un jirón del alma que no cicatriza jamás. Me apropio del lamento que Shakespeare pone en los labios desconsolados de uno de sus personajes en *Ricardo II*:

El habla que he aprendido debo olvidar ahora.
El uso de mi lengua no me es de más utilidad
que una viola, o que un arpa, sin cuerdas.

La condición humana inmigrante se hace de un temple especial. Pero no son los Adriani-Mazzei los únicos. Legiones de hombres y mujeres dejaron sus lares en la procura de oportunidades que en Europa estaban vedadas. Las décadas finales del siglo XIX atestiguan el movimiento de enormes masas poblacionales que van llenando espacios abiertos en todas partes. Unas pocas se allegaron al corazón de los Andes venezolanos.

No son unos cualesquiera los ojos del inmigrante. Se debe a un mundo escindido. Ello los hace penetrantes, atentos, precavidos. A la postre, para Adriani, convertirse desde muy joven en un ciudadano del mundo no era sino el resultado de seguir sus impulsos naturales. Las estrechas fronteras de su Zea natal, amadas como sin duda lo habrán sido, tenían que ser muy pronto desbordadas.

La declinación de Occidente

Los años finales del siglo XIX contemplarán la irrupción de una idea sobrecogedora. Adriani viene a la vida cuando en el seno del pensamiento adquiere consistencia de palabra escrita la certidumbre de que Occidente ha alcanzado su clímax. Se la entenderá de múltiples maneras: en el desfallecimiento de la capacidad creadora en el terreno de la matemática; en el cese de los impulsos artísticos; en la más radical descreencia, ésa que llega hasta a afirmar la revelación de la muerte de Dios; en la pérdida de todo principio y sostén para la moralidad individual; en la ausencia de nuevos velos para continuar enmascarando por más tiempo la hipocresía del poder. Y sin embargo, hay también un acontecimiento nuevo en el orden material de las cosas: la explosión del crecimiento del bienestar de las naciones. Un contemporáneo, de

finísima inteligencia, se sentirá con arrestos para decir que, de seguir las cosas como iban, el agobio del problema económico habría de cesar en no más de dos o tres generaciones.

Para un joven abierto al mundo es difícil imaginar un conflicto de tendencias más opuestas. Mueve a pensar en una versión rediviva, para lo que es un tiempo ya secularizado, de la lucha eterna de la que hablaban los persas en su dualismo religioso. ¡Época de impensables extremos! Baste sólo recordar el júbilo festivo con el que las familias iban a despedir los combatientes del 14 en los andenes de las estaciones ferrocarrileras. ¡Gran fiesta colectiva, la que precede a los horrores de Ypres y de Verdún! Una humanidad que nace, dirán algunos. La humanidad que se hunde, exclamarán los otros. Y no se olvide nunca la pretensión de alterar, en la Revolución del 17, lo que acaso luce más estable entre los acervos acumulados por la sociedad moderna: la religión, las bases de la propiedad, el dominio sobre la tierra, las formas de gobierno y las jerarquías de las clases.

Claves tras Alberto Adriani

Ésta es la encrucijada vital de Alberto Adriani. Y es de aquí de donde habrá de emerger la orientación más fundamental de su existencia. Cuando el joven Adriani escriba las primeras notas de las que hay testimonios, en el final de su misma pubertad, ya estarán allí las directrices primordiales que signarán sus reflexiones todas. Una de ellas, en especial, recogida en las pacientes labores de biógrafos, científicos sociales e historiadores a lo largo de los años, sobresale por su importancia. La forma de expresarla se la proveerán Goethe y su *Fausto*, pero el contenido es práctica misma de la vida:

“En el principio era la acción”.

Aquí está la clave de Alberto Adriani. No puede ser otra. El hondo discernimiento del que era capaz no tenía por incentivos la naturaleza de la realidad que lo circundaba. Enfrentado a la conocida diferenciación aristotélica se sabía perteneciendo, sin ningún género de dudas, a la vida política y no a la vida contemplativa, al *bios politikos* antes que al *bios theoretikos*. Pero, al mismo tiempo, alguna apostilla importante él mismo aquí habría añadido. Y es esa apostilla, precisamente, la que servirá para enfrentar la aparente contradicción que antes nos llamó a rebato.

Adriani era un hombre de acción. Su pensamiento no tenía más norte que la política, es decir, que la participación en los asuntos públicos, que la activa intervención en sus arreglos. Fascinante como es el viaje solitario que emprende el espíritu desnudo en pos de las cosas, buscando aprehenderlas en su concepto incondicionado, allí no reposaba la motivación final de su vocación. Se trataba de cambiar, de ajustar, de alterar, de conducir, mas nunca sólo de entender. La advertencia para todo tiempo por venir de Marx sobre el insoslayable compromiso del pensamiento con la acción, reverberaba cual claro eco en el joven de Zea, sin importar que los caminos personales que se lo hagan patente no transcurran por los ámbitos de la tradición que funda el gran pensador alemán.

En el principio, pues, era la acción. Pero principio es aquí, y al unísono, comienzo y fundamento. En la acción se inicia el curso de la vida. Sobre ella, más adelante, habrán de asentarse las labores de madurez, y al final, cuando tempranamente se rinda la existencia, será en el medio del fragor del esfuerzo cuando ocurra

la entrega. Éste, así lo creo, es el retrato íntimo de Alberto Adriani Mazzei.

Se es hombre de un tiempo. El tiempo personal de este merideño es el tiempo de un trozo de tierra. Es, acaso, década y media, y no se le concedió más. Década y media, sin embargo, cuando al hilo de la historia venezolana lo sacude una tensión excepcional, que en no pocos aspectos y por la violencia de lo sucedido, insinúa más bien la rara singularidad de una ruptura histórica. Es un complejo tránsito entre dos Venezuelas. Adriani pertenece a ambas, pero se deberá sólo a una de ellas: hombre de acción al fin y al cabo, le corresponde encarnar, como a nadie más hubo de corresponderle, el tránsito mismo. Ésta, así lo creo, es la suprema expresión de su papel histórico.

El tiempo vital de Alberto Adriani

La Venezuela que amanece en torno a 1920 es una sociedad misérrima. Baste un solo criterio. Éramos, en aquel entonces, algo menos de unos treinta millones de venezolanos. De ellos, números más números menos, habría unos 250 estudiantes universitarios. Es decir, un estudiante de educación superior por cada 12.000 habitantes. La cifra equivalente para los Estados Unidos de Norteamérica, en los mismos años, era a su vez de un estudiante universitario por cada 425 habitantes. Éstas son unas magnitudes escalofrantes.

Sobre este país nuestro, sin embargo, de seculares atrasos económicos, de desarreglos y contiendas políticas casi innúmeras, sobrevendrá un enorme impulso material. Las estructuras económicas, fosilizadas no hay duda, pero con sus propios equilibrios internos, van a enfrentar

súbitamente una dramática sacudida. Cambian no las magnitudes, que siempre lo hacen. Son sus mismos órdenes cuantitativos los que se alterarán. Los diez años que siguen a 1920 marcan unos años prodigiosos, o mejor, únicos, en la vida económica de Venezuela. Sus efectos se extendieron por décadas, y de ellos somos herederos. En una significativa medida, el parto de lo que se denomina la modernidad venezolana toma lugar entonces.

El país se va a hacer otro. Desde luego, y así es la naturaleza de las cuestiones históricas, no serán los contemporáneos en general quienes así lo aprecien. Salvo, desde luego, algunos de mirada muy aguda. Y entre éstos, el acento predominante habrá de recaer sobre lo que se va rápidamente quedando atrás. Una notable excepción la constituye Alberto Adriani.

Así escribirá:

Si Venezuela quiere mantener su autonomía económica, que es la condición de su independencia política, es imprescindible que se prepare a controlar las actividades de los hombres y de los capitales que acudirán a sus playas

Y la natural rúbrica:

...Debemos adoptar una política económica.

Alberto Adriani está mirando hacia lo porvenir, en un tiempo cuando no era lo usual hacerlo. Hoy honramos la dirección de esa mirada. En juego se hallaba, ¡gran discernimiento!, nada menos que la independencia política de la nación. La supervivencia estaba en la autonomía, no en la autarquía; en el control, no en el movimiento anárquico de las fuerzas concurrentes. Que las normas emanaran del propio seno nacional: de eso trataba la

autonomía. Darnos las pautas para regular la acción; dárselas a quienes aquí vinieran. Éste, así lo creo, es el perfil de Alberto Adriani, del intelectual, del político.

Un tema tras otro se irán situando en el escrutinio de su fino juicio. Así se va conformando una visión del país por construir. Ciertos aspectos sobresaldrán, que aún perduran; otros, como es natural, cesarán en su significación por la práctica misma. Y no dejará de haber algunos, especialmente sensitivos, cuyo significado sólo se hace manifiesto cuando, rectamente, se los coloca bajo las condiciones propias de la época. En todo caso, los argumentos sostenidos, por la materia a la que se refieren, serán fértil ámbito para la controversia. Pero ha de ser otra la oportunidad para su consideración.

Queda así una imagen del país deseado. Y lo que es más, unas directrices fundamentales para la acción. Todo se plasmará en un programa de gobierno, redactado, bien lo sabemos, en circunstancias dramáticas; o en las bases doctrinarias de una organización política. Textos, estos últimos, por necesidad breves; verdaderos compendios de un pensamiento trajinado a lo largo de muchos años. Frases que recogen posiciones conquistadas a fuerza de reflexiones y debates interiores. Propuestas que aspiran revelar las complejidades de la práctica vivida y sentida. Fieles expresiones de un increíble compromiso personal.

La vida, sin embargo, tenía sus propios designios.

El siglo que termina. El siglo que se inicia

Los años posteriores a 1936 verán desarrollarse fuerzas, apenas embrionarias durante el tiempo vital de Alberto Adriani. La realidad del petróleo, nunca unívoca, que llenará el resto del siglo XX venezolano y cuya presencia se extiende hasta la más cercana actualidad, no podían sus ojos verla en su íntegra plenitud. Querámoslo o no, se es hijo de un tiempo. Con todo, algún trozo de un escrito suyo dará siempre pie para una exégesis que imponga sobre el pensamiento ir más allá de sus naturales límites. Pero allí r. y yace su grandeza.

Las cuatro décadas siguientes contemplarán el ascenso de una de las dimensiones que el petróleo lleva consigo. Su significación económica será tal, como para sentar las bases de un modo de vida. Se lo llamará, para así denotar la especificidad de su naturaleza, el capitalismo rentístico venezolano. Éste, sin embargo, es ya parte de nuestra existencia vital, mas no de la de Adriani.

El siglo XX cerrará con el signo de una indubitable singularidad histórica en marcha: el colapso del modo de vida recién nombrado. Hay señas en el calendario que, rectamente entendidas, marcan hitos que no pasan inadvertidos frente al escrutinio científico, tal es su significación, y que son puntos nodales de la trama del tiempo venezolano de los últimos cien años. 1920, 1943, 1959, 1977. De ese tramado emerge una realidad que es ya incontrovertible: el fenecimiento de un tiempo histórico. Las conjeturas adelantadas hace unas décadas, que de llamarlas pronósticos se las desdibujaría, el paso del tiempo ha terminado por hacerlas hechos cristalizados.

Las estructuras sociales todas, surgidas al amparo del capitalismo rentístico pero que luego le servirán de sustento, yacen inertes. Se les fue su vitalidad en un complejo proceso que, en los detalles, llena páginas fascinantes de la vida nacional. Seguirán, como tiene que ser, tiempos revueltos; de vacíos; indefinidos, confusos, presagiosos. A ellos se unirán variadas y poderosas corrientes históricas universales que, surgidas de las contradicciones que el curso de la humanidad lleva en su interior, han de hallar también su albergue propio en la práctica venezolana.

Así es como se configura en nuestro mundo nacional presente un sobrecogedor ámbito de experimentación social. Para empezar, y como asunto primordial, un Estado cuya inmensa riqueza del subsuelo se valoriza en el mercado mundial, lo cual lo hace entonces económicamente autónomo respecto de la economía doméstica. Por ende, una sociedad civil nacional con una capacidad económica limitadísima, que sólo puede asumir papeles subordinados, de vasallaje y dependientes. De allí, más aún, la ausencia de una base material que sustente las prácticas políticas que son propias de la democracia liberal y que requieren de relaciones muy particulares de ciudadanía. A todo ello se sobrepone, finalmente, una orientación ideológica del liderazgo político en el poder, que concede a lo colectivo clara primacía sobre lo individual en áreas que el desarrollo económico moderno reserva con especial celo para la iniciativa más privada.

El propio Hegel, para dar énfasis a esa idea suya que hemos tomado en compañía el día de hoy, refiere con aprobación un viejo adagio del mundo greco-romano.

Su interpretación entre quienes lo leen es casi un pasatiempo. Pero vengamos a lo que sin duda quiso decir:

Hic Rhodus. Hic Saltus

Voy a leerlo a mi manera: *Este es el tono de los tiempos. En él debemos concentrar nuestra atención.*

La labor de la Economía Política, crítica como de suyo ha de ser siempre, no puede sino tener como fundamento el contenido de la realidad que se expresa materialmente en ese tono de los tiempos. Allí está el crisol de su prueba; allí, la señal de su pureza científica. La aceptación de las cosas como son y como vienen, para los fines del buen pensamiento y la atinada reflexión, jamás deberá verse como el plegamiento a su imperio. De no procederse así el pensamiento cede su lugar privilegiado al desvarío, al anhelo hecho palabras o fórmulas, y termina por perderse en el vacío. Pero esa aceptación, valga decir, la satisfacción de este primer momento, y por primero insoslayable, da acceso de seguida al espacio del saber emancipador, del conocimiento liberador, de la ciencia que puede superar lo finito y ahistórico a favor de lo plenamente histórico.

Si sólo fueran por el poderoso incentivo que representan para el conocimiento científico, los tiempos convulsos que rodean nuestra existencia cotidiana presente son un genuino don. Ellos no hacen más que poner al descubierto la naturaleza última de los resortes que sostienen la vida en sociedad, nuestra particular vida en sociedad. Roto el velo de las apariencias hoy podemos ver realidades de otro modo soterradas u ocultas. ¡Qué privilegio, queridos amigos, qué privilegio para unos ojos afanados por el conocimiento!

Andan por ahí seres extraordinarios...

Andan por ahí seres extraordinarios. Pero ninguno como el hombre...

Unas veces le toca el fracaso, otras, el éxito.

Pero si cumple con el juramento prestado y se atiende a las leyes de la ciudad, la justicia de los dioses le concederá ser un ciudadano eminente...

(Palabras del coro de *Antígona*).

Adriani. Hombre a quien se dio un tiempo breve. Ser casi efímero, que hizo cosas grandes por la patria. Hijo de una pareja venida de lejos, que entregó el patrimonio de su lengua a cambio de la nuestra. Habitante de un mínimo rincón andino, tierra de hombres y mujeres de bien.

La patria te tiene bajo la mirada atenta de su historia. Agradecida está por tus esfuerzos, que echaron raíces y fructificaron. Setenta años luego de tu muerte debe decirse: honra a tu existencia. Larga honra a tu corta existencia.

